



ROSANA RUBIO, FERNANDO NIETO (EDS.)

Arquitectura de la soledad

Ed. Asimétricas, Madrid, 2024, 248 pp.
Tapa blanda.

Idioma: español. 24 €

ISBN 978-84-10065-09-3

GUIOMAR MARTÍN

Universidad Politécnica de Madrid
guiomar.martin@upm.es

Donde habita la soledad

En su ensayo *El laberinto de la soledad* Octavio Paz afirmaba que “el hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro”. Esta aparente contradicción –la soledad como estado intrínseco del ser humano, pero también inseparable de su instinto social– es uno de los temas centrales de *Arquitectura de la soledad*, editado por Rosana Rubio y Fernando Nieto. Este libro, una traducción, revisión y ampliación de un trabajo previo publicado en inglés por la Universidad de Tampere –*Loneliness and the Built Environment* (2021)– recoge los resultados de un seminario celebrado en esa misma universidad en diciembre de 2019, justo antes de que la pandemia nos sumiera en un aislamiento social forzoso. Enmarcado en un programa de investigación más amplio sobre el estado de bienestar y la sociedad del envejecimiento, el encuentro buscaba explorar la relación entre soledad y entorno construido desde una aproximación multidimensional, reuniendo a expertos de distintas disciplinas y con la arquitectura como hilo conductor.

Cinco años después de aquel evento, Rubio y Nieto han logrado una síntesis clarificada de muchas de las preguntas planteadas entonces. Su proceso de edición ha sido mi-

nucioso, revisando tanto contenidos propios como ajenos e incorporando cuatro artículos adicionales respecto a la versión inglesa, tres de ellos inéditos en español. Esta inclusión de nuevos “ponentes” –ahora obligados a dialogar en diferido– responde al afán de actualizar la antología ya compilada con nuevos textos de referencia, pero tanto o más, a reforzar los mayores hallazgos del debate que no recibieron entonces suficiente atención. Entre ellos destaca la voluntad de apartarse de las lecturas negativas y reduccionistas de la soledad –ya sea como “crisis individual” o como “problema de salud pública”– para proponer en su lugar una visión más abierta y matizada del fenómeno, que reconozca las diversas formas de vivir y experimentar la soledad, sin necesidad de reducirlas al sentirse solo.

El título del libro captura esa idea con una elegancia notable. El término “arquitectura” no solo alude a los espacios físicos que afectan nuestra percepción de la soledad, sino también a las diversas estructuras de pensamiento –intelectuales, culturales y psicoemocionales– que se entretajan en torno a ella. Así, la expresión se convierte en metáfora del reto afrontado por los editores en su construcción de un entramado conceptual a partir de una realidad altamente compleja, teniendo que posicionar, relacionar y dar sentido a las distintas piezas que la componen. De la soledad deseada a la no deseada, de la soledad social a la emocional o existencial, el fenómeno poliédrico que se va dibujando en estas páginas es fruto de una decisión editorial consciente: abordar el tema desde la mirada simultánea de la filosofía, la psicología, la sociología y la gerontología, además de la propia arquitectura.

Para navegar en esta compleja y a menudo laberíntica “arquitectura de la soledad”, resultan especialmente útiles los pares conceptuales que encabezan cada ensayo, a modo de guía temática. El primero, “soledad y filosofía”, explorado por el filósofo y terapeuta Ben L. Mijuskovic, ofrece un recorrido por la historia de las ideas que desentraña los vínculos entre soledad y conciencia, culminando en el concepto de empatía como remedio contra los efectos adversos del sentirse solos. El siguiente par, “soledad y lenguaje”, es abordado por la geógrafa y experta en salud pública Christina R. Victor, quien aboga por una mayor precisión terminológica para poder comprender y tratar la soledad, alertando sobre los riesgos de su creciente “medicalización”. Juhani Pallasmaa, por su parte, profundiza en el binomio “soledad-arquitectura” insistiendo en la importancia de distinguir entre modos de estar solo –en particular, entre su dimensión negativa y positiva– y en cómo la arquitectura puede reforzar o mitigar esos sentimientos, actuando como mediadora entre nosotros y el mundo. A continuación, bajo el lema “soledad y lugar”, los editores presentan un brevario con seis conceptos que buscan conectar la experiencia subjetiva de la soledad con la realidad objetiva del entorno construido, en un ir y venir constante entre las esferas de la individualidad y la sociabilidad. Esta primera parte del libro culmina con la transcripción del

debate que cerró el encuentro de Tampere, incluyendo las intervenciones del público, dotadas de una naturalidad y frescura llamativas.

Acto seguido, la contribución de Echeverría, Amann, Martella y Almedros sobre “soledad y entorno digital” –que no pudo presentarse en el seminario, pero que forma parte de esa primera fase del trabajo– cuestiona hábilmente la estigmatización de la tecnología y elabora sobre el escurridizo concepto de tecno-hábitat. Los textos restantes se organizan de forma estratégica para terminar de desmontar el mito de la soledad como estado emocional negativo. El primero de ellos, del filósofo Lars Svendsen, desafía la idea de que el individualismo moderno conduce inevitablemente a la soledad, sugiriendo que la verdadera crisis de nuestra sociedad individualista es la falta de soledad deseada. Este doble hilo (“soledad e individualismo”) resuena también en el siguiente ensayo dedicado a “soledad y salud social”. Los psicólogos Christopher R. Long y James R. Averill investigan aquí los principales beneficios de estar solo –libertad, creatividad, intimidad y espiritualidad– y cómo estos varían según la edad, la personalidad y el contexto físico-social. La tercera contribución, del sociólogo Eric Klinenberg, conecta “soledad y vida cotidiana” enfocándose en el creciente número de personas que viven solas en el mundo y en los factores que permiten que esta decisión se tome libremente, desde políticas de vivienda asequibles y diseños innovadores a una cultura que valore sin prejuicios la autonomía individual.

“La habitación vacante”, de Juan Navarro Baldeweg pone un broche de oro a esta cartografía de la soledad trazada por Rubio y Nieto. Aunque el texto es ampliamente conocido, éste cobra un sentido renovado al recontextualizarse en el marco de las reflexiones previas, haciéndolo resonar con ellas sin necesidad de mencionarlas explícitamente. La última pareja de términos propuesta, “soledad y creatividad” profundiza así en una visión del arte como producto de una introspección solitaria que estimula e inspira el acto creativo –tal y como planteaba Pallasmaa– sirviendo además como vínculo empático con el mundo, verdadero antídoto contra la soledad no deseada, como ya sugería Mijuskovic.

Al cerrar este capítulo y hacer balance del libro, resulta inevitable imaginar que, así como esa habitación vacante puede tornarse en un rincón propicio para el autoconocimiento y el hallazgo interior, la arquitectura en todas sus escalas y manifestaciones debería ser capaz de generar espacios en los que la soledad no se convierta en ausencia ni angustia, sino en presencia plena de uno mismo. En un mundo donde la población envejece en aparente silencio, donde la tecnología nos conecta y a la vez nos distancia y donde la precariedad social y laboral posterga decisiones fundamentales, proyectos como este adquieren una relevancia indiscutible, invitándonos a repensar cómo diseñar y habitar nuestro entorno, más atentos a las múltiples caras de nuestra propia soledad.